

la palabra sino para gritar viva el rey, juzgando que una silla de consejero bien valia una reforma perdida y desquitándose del derecho de reunion con el sueldo que recibia.

Su encantadora hija la condesa de Amalbi era dama de honor de la corte, y Felipe su digno esposo, coronel de guardias de la reina.

Por último, Devoüe-Altomar batido y perdonado por Amalbi, marcado con un hierro ardiendo por el verdugo en la Plaza Real, habia huido hacia la Guyana con la vergüenza y la venganza en el alma, meditando siempre

cion á la verdad que sale aquí á su encuentro, armada de pies á cabeza, como Minerva, con todo cuanto puede instruir, deleitar y llamar la atencion á la vez.

Dejemos, pues, hablar á la historia: escuchémosla y aprovechémonos de ella.

## II.

## LA BANDA ESPAÑOLA.

En una mañana de noviembre de 1652, en una estancia



El rey salió á su encuentro para recibirle, le hizo entrar en su coche y lo llevó con pompa al Louvre.

en la carcajada de Mad. Longueville, y no teniendo por sudario de sus sueños sino la bandera roja bordada por Teresa Broussel.

Vamos á ver como supo cortar con esta bandera una túnica para su república y un manto para su ambicion.

Los simples hechos de 1652 son de tal novedad, de tal enseñanza, de tal elocuencia para los lectores de 1856 que cometeriamos una falta gravísima en añadir la menor fic-

de la casa de ayuntamiento de Retz, un jóven de ademan altivo, nariz aguileña, cabellos negros tendidos sobre los hombros, vestido de tela de oro, salpicado de barro y roto en los codos, se hallaba tendido, sombrío y pensativo sobre una cama, mientras que un médico le vendaba una ligera herida en la mano derecha.

—¿Se ha concluido? preguntó con un gesto de impaciencia.



—Si, monseñor, y dentro de cuatro ó cinco dias podrá V. A. volver á manejar la espada.

—Está bien; dejadme.

Salió el médico, y el jóven, que quedó solo, clavó una melancólica mirada sobre dos gruesas llaves de plata, colocadas sobre una bandeja del mismo metal á la cabecera de su cama.

Eran las llaves de la ciudad de Retz, y vean aqui mis lectores cómo se hallaban allí.

La víspera se habia dado una gran batalla bajo los muros de la ciudad, que habia sido ocupada y defendida por Turena y los soldados de Luis XIV. Los sitiadores eran los frondistas, las tropas del duque de Lorena y el ejército español á las órdenes del conde de Fuensaldaña. A pesar de la superioridad numérica de estos, la habilidad de Turena iba á salvar la ciudad despues de veinte asaltos repetidos y rechazados durante diez dias, cuando el más sencillo incidente en la apariencia aseguró la victoria á los sitiadores.

Un caballero perdido en la campaña, un viagero perseguido por los realistas, habia llegado bajo un diluvio de balas hasta el campo de Fuensaldaña. Allí se habia vuelto contra sus perseguidores y luchando él solo contra veinte habia muerto á cinco y puesto á los demas en derrota.

Despues concediendo la vida al único que quedaba:

—Monta á caballo, soldado de Mazarino, le gritó, y ve á decir á Turena que no dormirá esta noche en Retz, porque yo soy Condé y pretendo acostarme allí en su lugar.

La aparicion de Júpiter Tonante no hubiera deslumbraído tanto al soldado, que marchó al galope al campo real, mientras su vencedor entraba en el campamento español.

Una hora despues, el mágico nombre de Condé habia producido su doble efecto en ambos campos: el desaliento y la derrota en los realistas, que se deslizaban de la ciudad como un torrente; el entusiasmo y la victoria en los frondistas, que recibian en la persona de su nuevo gefe las llaves de la ciudad vencida por su presencia.

Hé aqui cómo el héroe de Rocroy y de Lens, el brazo indomable de la Fronda, el vencido del barrio de San Antonio, lanzado de París para buscar un desquite en provincias, atravesando como una tempestad la mitad de la Francia, habia caído como una bomba sobre las brechas de Retz y se hallaba descansando en su casa de ayuntamiento al lado de las llaves de plata como trofeo de la víspera.

Y sin embargo, vacilaba en su venganza y los remordimientos emponzoñaban su triunfo. ¿Era á los españoles, á los enemigos de la Francia á los que acababa de someter una ciudad francesa! ¿No era esto llevar el odio al cardenal hasta el crimen contra la patria?

Tales eran sus reflexiones cuando entraron en su estancia dos personajes.

Aquellos dos personajes eran Carlos de Lorena, el rey condottiero, y el duque de Fuensaldaña, general en gefe del ejército coaligado.

Adelantóse este hasta el lecho de Condé, le hizo tres enormes reverencias y le dió gracias con efusion por la conquista de Retz; y despues poniendo sobre las llaves una banda encarnada, color de su nacion, y un baston

forrado de terciopelo y oro con las armas de Felipe IV, ofreció al primo del rey de Francia, en nombre del rey de España el título de generalísimo de los ejércitos de su magestad católica. El vencedor de Rocroy se estremeció, bajó su frente ruborizada y sintió en su pecho una batalla mas terrible que las que habia ganado.

Venciendo al fin el honor estendió la mano para retirar la banda y las insignias de sus enemigos en otro tiempo y sus aliados hoy.

Aun no habia terminado el gesto, cuando anunciaron la visita de una tercera persona.

—El baron de Altomar.

—Hacedlo entrar, dijo vivamente el príncipe. Y vos, señores, os daré la respuesta dentro de una hora.

—No aceptará, dijo suspirando el español.

—Tal vez..... añadió el lorenés.

Un alto y hermoso caballero, de rostro sangriento, mirada fulminante y feroz, y largos cabellos negros, cruzó delante de los duques de Fuensaldaña y de Lorena.

Conoció á este último, al héroe de las barricadas, su compañero de aventuras y su discípulo del campo de batalla.

—Os creia muerto, le dijo al oido; olvidaba que resucitais muy á propósito y jamás lo habeis probado mejor que hoy, compañero. Y señalando la banda y el baston español: si sois todavía un hombre hábil, ahí teneis soldados con que poder ahorcar y destruir á Mazarino.

Comprendió Altomar y apretó la mano del rey partidario.

El primo de Luis XIV y el antiguo tribuno quedaron solos juntos.

—¿Qué, sois vos, caballero? le dijo Condé incorporándose con alegría, ¿No ha sido enterrada la Fronda en París?

—La Fronda vivirá mientras respireis vos, monseñor, respondió Altomar, sentándose y limpiando su frente cubierta de sudor. Vengo á proponeros un nuevo plan para reanudar todos los restos y sofocar en sus pliegues al cardenal y su gente.

—Veamos, replicó Condé envolviendo al gefe popular con su mirada de águila.

Devoile-Altomar contó en pocas palabras su vida, desde su derrota en la puerta de San Antonio. Suprimió de su relacion el episodio de la ejecucion de la Plaza Real y del hierro ardiendo, cuya infamante marca llevaba: se aseguró únicamente de que Condé ignoraba aquella pequeña entrevista de su teniente con el verdugo.

—Todo se perdió allí, monseñor, continuó; empero París no es la Francia, y la Francia sois vos si quereis. Con Luis de Lorena y los españoles teneis todas las provincias del Norte.

—Lo sé, Adelante.

—La Bretaña se agita dirigida por Meilleraie; el Este está á punto de levantarse con Harcourt, que amenaza al cardenal: Cromwell va á arrojar en la balanza el hacha que ha decapitado un rey.

—Lo sé, lo sé; pero todo eso no es nada sin la Guyana cógida entre el ejército de Candalo y las tropas de Vendome. Necesito la Guyana y Burdeos sin lo que lo demás se vendrá abajo mañana.

—Precisamente, monseñor, yo vengo á ofreceros Burdeos y la Guyana.



—¡Vos!...

Y Condé miró de alto abajo al tribuno con una sonrisa que hubiera desconcertado á cualquiera otro hombre.

—¡Yo! replicó firmemente Altomar.

Y desarrollando ante el príncipe sus relaciones y sus cartas descubriéndole todo su complot y todos sus proyectos, escepto su bandera encarnada oculta en su bolsillo, le probó claramente que una fronda mas terrible que la de París estaba oculta en Burdeos, y aquel inmenso volcan no aguardaba para hacer explosión mas que la presencia de dos gefes: un príncipe por el parlamento y un agitador por el pueblo.

Condé se hallaba vencido.

—¿Cuál será ese príncipe? preguntó. Os prevengo que no seré yo, porque no voy á comenzar la guerra en un arroyuelo.

—Será otro vos mismo, el duque de Enghien, vuestro hijo, llevado por su madre y que arrastrará con su sola presencia la nobleza y la clase media.

—¿Es posible? dijo Condé.

—Es cierto.

—¿Y el gefe del pueblo?

—Seré yo mismo.

—En eso vos solo os entendeis. Pues bien, caballero, id á sublevar á Burdeos: anunciadme vuestro triunfo y veremos.

—Mi triunfo exige vuestra declaración y la intervención de la princesa y de su hijo: una palabra vuestra para ellos y de lo demás me encargo yo.

Reflexionó Condé: despues, levantando el aparato de su herida, escribió estas dos líneas á su muger.

«A Burdeos en seguida Coulenet y el duque de Enghien; allí encontrareis mis instrucciones.»

—Monseñor, exclamó Altomar, la Guyana bien vale esta carta y no os digo mas. Ahora, añadió mirando la banda y el baston, no tengo necesidad de indicaros vuestro papel. El ejército español está á vuestras plantas, no teneis mas que bajaros para recogerlo, y una victoria contra Turena no dañaría á los negocios de Burdeos.

—¡Vos tambien! dijo suspirando Condé; el diablo toma todas las formas esta mañana.

Y tocando la banda encarnada permanecía pensativo.

—¡Hermoso color! murmuró el tribuno.

—¡No, no, jamás! ¡Es imposible!... dijo Condé volviéndose á dejar caer en la cama.

—Tan rebelde sereis general como teniente, y seriais entonces mucho mas fuerte, porque el segundo lugar no es el vuestro.

—¡Callaos! exclamó Condé, no os rebajeis vos mismo: sois mi agente en Burdeos, no seais aquí el instrumento de Fuensaldaña.

—¡Yo! dijo Altomar con tanta mas elocuencia cuanto que era verdad: no me conoce el duque y yo no lo he visto sino un instante al entrar por esa puerta. Llegaba derecho de París á someteros mi plan y á daros una mala noticia, añadió con una hábil reticencia.

—¿Qué noticia?

Altomar desplegó en silencio el último bando del parlamento publicado á sop de atabales y trompetas en París:

«El proceso de alta traición del príncipe de Condé y la acusación del procurador general, reclamando contra

aquel por crímenes de felonía y de lesa magestad la degradación del nombre de Borbon y la pena de muerte en la forma que agrada al rey.»

Condé dió un salto y se levantó de un brinco. Despues llamando al duque de Lorena y al de Fuensaldaña y á todos los oficiales españoles y frondistas:

—Caballeros, les dijo con aquel tono de autoridad que le era natural.... El rey de España me hace el honor de ofrecermel el mando en gefe de sus ejércitos en Francia: lo acepto y mañana marcharemos sobre Santa Menhould.

Una triunfante aclamación acogió aquellas palabras mientras el vencedor de Rocroy y de Lens cruzaba su pecho con la banda encarnada de los enemigos de su rey.

—¿A quién debemos este triunfo? preguntó Fuensaldaña al duque de Lorena.

—A ese hombre, respondió el duque mostrando á Devoile, y apuesto que nosotros le deberemos otros muchos mas.

—Adios, monseñor, dijo Altomar á Condé: haced que el mundo tenga noticias vuestras: pronto las tendreis mías.

### III.

#### LOS DULCES DE BODA.

Quince días despues de esta escena Condé habia arrebatado á Turena el castillo Porciano, Santa Menhould, Barle-Duc, Ligni, Boid, Comerci, y casi todo el pais Bearnés.

Al mismo tiempo la princesa y el duque de Enghien, acompañados del príncipe Conti y de la duquesa de Longueville, eran recibidos con los brazos abiertos por el parlamento y el ayuntamiento de Burdeos.

No aguardaba el incendio mas que una chispa cuando llegó el baron de Altomar.

Pero ya no era el baron de Altomar: mudando el nombre por tercera vez el tribuno se hacia llamar Guillermo Dura-Testa: aspiraba de este modo á borrar la flor de lis que llevaba marcada en el hombro.

No olvidemos un último personaje que se lisonjaba de llegar á ser el primero: la princesa heroica Teresa de Broussel, aquella alma volcánica, inflamada por la lectura de las novelas de Scuderi y que siguiendo á Devoile su héroe de corazón, hasta las estremidades del martirio, venia á mandar las Amazonas de Burdeos mientras su futuro gobernase al pueblo y los ciudadanos.

Ella no llamaba al tribuno mas que su futuro, y este á cada sacrificio que ella le hacia de su bolsillo la prometia el himeneo que debia coronar sus fuegos.

Recibida en la casa del ayuntamiento, Teresa divertia allí por las mañanas á las princesas, y sobre todo á madama de Longueville, de la que afectaba el tocado y los modales, sin conocer la humillación que esto debia causar al corazón de su héroe.

La noche misma en que Dura-Testa se reunia con todos, Teresa representaba una comedia á aquellas señoras que le habian vestido de Palas, como el retrato de la duquesa, para colocarla á la cabeza de las Amazonas de Burdeos, habiendo llegado á persuadirla que exigiese de su futuro se presentase en la ceremonia de su boda con el vestido de Apolo, y ella misma disponia para la bienvenida del héroe muchos dulces de boda, regalos y flores



de azahar. Figúrense nuestros lectores la sorpresa del tribuno que quería ponerse como igual, y pronto como señor, delante de la duquesa, cuando cayó en medio de las carcajadas de aquellas señoras, y como se sublevaría su orgullo....

Al reconocer á Devoile bajo el nombre de Dura-Testa se estremeció Mad. de Longueville y tuvo como un presentimiento....

—¡Todavía este hombre! pensó entre sí la frondista, Dios me lo envía por todas partes como un remordimiento; y reponiéndose con su acostumbrada gracia, se escusó de haber tratado al enviado del príncipe como el futuro de Teresa.

—Yo soy su futuro.... condicional, la respondió á media voz el tribuno.... tengo otros gatos que desollar en Burdeos, señora, añadió con un aire de fría amenaza que hubiera aterrado á la duquesa si hubiese podido comprenderlo.

Habiendo anunciado despues á las princesas que se pronunciaría al día siguiente la ciudad por ellas, volvió altivamente la espalda á los dulces de boda y á las flores de azahar, y dijo á Teresa, llevándola consigo y entregándola á Perota, porque la antigua criada amazona la acompañaba en sus estravagancias.

—No hay que pensar en bodas hasta que mi bandera ondee sobre la casa de ayuntamiento, y cuando estas señoras nos hagan la corte en vez de divertirse á costa nuestra.

—Cuando tú quieras, *Ciro de mi alma*, respondió la lectora de Scuderi.

Y se fué con Perota á instruir fuera á las amazonas burdalesas, afiliadas á la Fronda, mientras que Dura-Testa entraba en la mas hermosa casa del Chapeau Rouge preguntando por Mr. Desmarais, presidente de los Notables.

#### IV.

##### LA CORONA DE ROSAS BLANCAS.

Era Mr. Desmarais el mas rico y mas honrado ciudadano de Burdeos. Sus navios le traían el oro de todos los puntos del globo; rivalizaba su casa en el cuartel aristocrático con los mas hermosos palacios de la nobleza, y su casa de campo dominando sus estensas viñas competía en las orillas de Garona con la del intendente general de la Guyana.

Nada faltaba á su felicidad doméstica. Tenía una hija de diez y ocho años; Angélica por su nombre, la perla de Burdeos por su belleza y virtud, idolatrada de todo el mundo, y sobre todo, del jóven relator del parlamento, Enrique Duval, que debía casarse con ella dentro de algunos días.

Desmarais mismo era idolatrado de todos por su dulzura, su generosidad, sus buenas costumbres y su cabeza de patriarca sembrada de cabellos blancos.

¿Qué diablos iba á hacer en casa de tan excelente hombre un bota-fuegos como de Devoile? Iba á buscar allí un instrumento.

Con todas sus excelentes cualidades, Mr. Desmarais no tenía mas que un defecto, pero un defecto terrible en los días de revolución: la manía de salir de su esfera y representar un papel en las cosas públicas.

Viéndose escuchado como un oráculo por sus compañeros se creyó el negociante profeta en su país á pesar del antiguo proverbio.—El cardenal va demasiado lejos, había dicho primero sin saber por que.—El cardenal se pierde, había añadido poco despues. Despues había llegado hasta exclamar un día:—No tenemos gobierno, es preciso ilustrar al rey y salvar la Francia; tanto, que Desmarais era el gefe de los que se llamaban en Burdeos la pequeña fronda.

Esta posición le había valido la presidencia de la cámara de los Notables, y comenzaba á lanzarse ya en no sé que destino que él mismo no hubiese podido definir.

La princesa de Condé había acabado de trastornarle la cabeza diciéndole la víspera en la casa del ayuntamiento:

—¡Ah señor de Desmarais! cuanto mejor irían las cosas si Mazarino fuese un sabio como vos.

Dura-Testa había sabido todos estos detalles en algunas horas, y se dijo para sí:—Este es el maniquí que necesito; y se fué derecho á Mr. Desmarais: como sus papeles le acreditaban al tribuno enviado á nombre de Condé, se le abrían de par en par las puertas de los ciudadanos.

El espectáculo mas interesante se presentaba á sus ojos en el salón de familia.

La flor del comercio y la magistratura se hallaban allí reunidos; veíanse tambien muchos miembros eminentes del clero y la nòleza.

En todas partes había flores, luces, refrescos y tocados de terciopelo, seda, oro, alhajas, bailarinas bellas, miradas amigas, sonrisas radiantes, todo lo que significa riqueza, goces, union, prosperidad sin nubes; todo esto se hallaba reasumido en la señorita de Desmarais resplandeciente con su corona de rosas blancas.

Leíase sobre el rostro sereno y expansivo del negociante:—Este es el día mas feliz de mi vida; y en el rostro encantador de los convidados:—Todos estamos muy satisfechos de una felicidad tan merecida; y en la juvenil frente de Enrique Duval y de Angélica Desmarais, inclinadas la una hacia la otra mezclando los negros y los rubios cabellos, los ojos negros y los ojos azules, la fuerza viril y la gracia virginal: tanta felicidad no es mas que un sueño y no queremos despertarnos.

El despertar en efecto, sin que nadie supiese nada, debía ser á la llegada de Dura-Testa.

Cuando entró en el salón Mr. Desmarais acababa de tomar la pluma para firmar el contrato de matrimonio de Angélica y de Enrique.

Al gran nombre de Condé soltó el ciudadano la pluma, y olvidó todo para saludar al desconocido.

Dura-Testa se escusó con su facundia habitual; hizo sonar las palabrotas de negocios de Estado, y apoderándose del negociante lo llevó consigo á su gabinete.

Allí le probó en tres puntos que Burdeos aguardaba de él servicios y no funciones; que él se debía á la salvacion del rey y de la Francia; que los príncipes contaban con él para la gran causa de la Fronda; y que le rogaba firmase la proclama al pueblo que debía fijarse en las esquinas de la ciudad al día siguiente.

Desmarais leyó aquella proclama, moderada hábilmente, y unió su firma con una íntima satisfaccion á la de los príncipes y princesas.



—¡Es mio! pensó Devoile, guardándose el papel en el bolsillo.

Y escusándose lo mejor posible se retiró diciendo:

—Hasta mañana; mientras que el ciudadano se volvía lentamente á su salón.

Ya no era el mismo hombre; y todos lo notaron, especialmente su hija.

Anunciando con reticencia cosas graves, cuchicheando con las gentes importantes de la pequeña fronda, dilató hasta ocho días la firma del contrato. Callaron los violones, cesaron los bailes, y los rostros se entristecieron.

Se escurrió la multitud de convidados, se apagó la alegría con las arañas, y Angélica cayendo llena de lágrimas en los brazos del negociante, exclamó:

—¿Qué sucede, pues, padre mio?

—Nada, hija mia, un deber que cumplir: nada perderás por haber aguardado. Tu contrato se firmará dentro de ocho días por los príncipes en la casa de ayuntamiento.

Angélica no comprendió mas que una cosa, su felicidad retardada, tal vez comprometida! Y al mismo tiempo que la esperanza vacilaba en su corazón, su corona de rosas blancas desprendidas de su frente rodó con sus lágrimas sobre el contrato abandonado.

## V.

### LA CORONA DE HIERRO.

Dura-Testa pasó la noche en hacer imprimir la proclama al pueblo, y en arengar en las tabernas con los antiguos hermanos y amigos á toda la turba preparada ya, y que aguardaba la ocasión de pescar á río revuelto.

Al día siguiente muy de mañana Burdeos estaba desconocido: siniestros rostros que salen de la tierra en los malos días, llenaban todos los barrios de la ciudad, y se juntaban como arroyos á su afluencia sobre la esplanada del castillo de Ha, que llamaban *La Olmeda* á causa de los olmos que le daban sombra.

La proclama al pueblo fijada en todas las esquinas atraía á los ciudadanos á la casa del ayuntamiento, donde saludaba á los príncipes con sus aclamaciones.

Al medio día la *union de La Olmeda, constitucion anti-Mazarina*, redactada por Dura-Testa, era firmada por millares de ciudadanos de todas clases. A las dos de la tarde *La Olmeda* se declaraba Asamblea soberana y permanente bajo la garantía de los Condé, y bajo la presidencia de Desmarais. A las cuatro una inmensa muchedumbre proclamaba la destitucion de Mazarino, y paseaba en triunfo en una carroza al duque de Enghien y á la princesa. A la noche, por último, todo cuanto permanecía fiel en Burdeos al cardenal, se hallaba vencido, y se escondía con prudencia.

Embragado con su papel el negociante, se había alarmado, sin embargo, bien pronto, y al llegar la noche trató de volver á su casa: pero Dura-Testa le decretó una guardia de honor encargada de volverle á llevar á su puesto.

Al día siguiente, en efecto, á pesar de las fatigas del insomnio, el señor presidente fué llevado de nuevo á su sillón en medio de las ovaciones de la calle.

Allí recibió un decreto del parlamento prohibiendo la reunion de *La Olmeda*, é intimándole la disolucion para

deliberar en el ayuntamiento: «en la forma prescrita á los Notables.»

Juzgando completa su victoria, y fácilmente salvada la Francia, iba á obedecer el buen hombre y á dar en consecuencia sus órdenes, cuando un espantoso clamoreo sofocó su voz, y veinte mil brazos rechazando los alguaciles hicieron pedazos el decreto del tribunal.

Después los dos secretarios del ciudadano con la pistola en la cintura le presentaron para firmar un plebiscito sellado con un sello donde estaba grabada la figura de la Libertad con este exergo: *Vox populi, vox Dei*.

Este trozo de resistencia se hallaba concebido en estos términos: No hacemos mas que copiarlo.

«Por la noticia recibida por la compañía de *La Olmeda* de cierto decreto del parlamento de esta ciudad, imperioso y destituido de razon.... decimos que serán responsables de él sus autores, adherentes y cómplices, prohibiendo al parlamento, bajo pena de la vida, proceder en lo sucesivo de semejante modo: y para oponerse á ello, *La Olmeda* tomará las armas invitando á los ciudadanos y habitantes de la ciudad á que se mantengan firmes, bajo pena de ser declarados traidores á la patria, y como tales, desterrados perpétuamente y confiscados sus bienes, etc.»

—¡Yo firmar esto! exclamó Desmarais.... que se puso erigido con horror: ¡ese es un atentado público! Mr. Du-Val, mi yerno, es del parlamento.... mejor quisiera....

—¿Esto? dijeron los secretarios apuntándole las pistolas amartilladas.

Por demasiado bueno que fuese aquel buen hombre, cayó el negociante pálido sobre su silla.

Comprendió demasiado tarde que era esclavo de la anarquía, el peor de los tiranos, y que le era preciso pasar todo entero por entre los dos cilindros donde había colocado el dedo. La corona de oro en que había soñado, se cambiaba en corona de hierro. Pensó en la corona de rosas blancas que la ante-vispera había caído de la frente de Angélica....

Desmarais firmó llorando bajo la boca de las pistolas; y como buscaba una salida para escaparse, se vió rodeado por su *guardia de honor*, y se oyó proclamar *gefe de la república de la Olmeda*, mientras que desplegaban sobre su cabeza una bandera encarnada cuyos sangrientos pliegues reproducían la figura del exergo del sello. Aquella bandera fué por todos los que causaban miedo, y por todos aquellos que tenían miedo, saludada con los gritos de: ¡Viva la república, mueran los reyes, los grandes, los ricos, y los comerciantes!

En una palabra, en lugar de volver aquella vez á su hermosa casa, Desmarais pasó la noche en un asqueroso salón firmando (esta era ahora su funcion) la institucion de un *comité de bien público*, de un estado mayor de generales y oficiales de policía; de una junta de *investigacion y espulsion de sospechosos*, y de un tribunal presidido por turno por caballeros, ciudadanos y artesanos, y encargado de despachar en veinte y cuatro horas sin procuradores ni abogados, todos los negocios civiles y criminales.

¡Estaba perdido! El mejor hombre de Burdeos pasaba al estado de gefe de bandidos: él, que era el ídolo de sus compatriotas, era ahora el vivo terror.

Así cuando se fijaron en las esquinas aquellos mons-



truosos bandos, al amanecer, la postracion y la desesperacion del desgraciado presidente fueron iguales á su pasmo y á la maldicion de todas las gentes honradas de la ciudad.

—¿Quién lo hubiera creído, decian, que tal cordero ocultase un tigre sediento de sangre!...

Y el nombre de Desmarais fué el sinónimo de Neron, de Eliogábalo y de Barba-roja

## VI.

ANGÉLICA.

Devoile-Altomar, Dura-Testa, gobernaba al fin. Su bandera encarnada y su divisa ondeaba sobre todos los campanarios y torres de Burdeos. El primer uso de su poder fué humillar á la duquesa de Longueville. Como esta se pronunció con Conti, y á pesar de la princesa de Condé contra los últimos actos de los *olmedistas*, la envió una ruca adornada de cintas, y la hizo guardar en la casa del Ayuntamiento por Teresa y las Amazonas del *Chapeau Rouge*.

En cuanto al príncipe de Conti, ese interpuso, en vano, en favor del Parlamento, y en cumplimiento del decreto de *La Olmeda* un presidente y catorce consejeros debieron salir de la ciudad.

Enrique Du-Val era de este número, y desde lo alto del tablado de *La Olmeda*, cadalso verdadero, Desmarais lo vió pasar entre dos arcabuceros, estendiéndolo en vano sus brazos á su suegro que no pudo mas que apartar los ojos de él con dolor.

Este movimiento le presentó otro espectáculo mas afflictivo todavía.... En medio de un grupo que se agitaba bajo los olmos, y que trataba de llegar hasta él, oyó un grito que desgarró sus entrañas, y vió una cabeza desgredada lanzarse del medio de la muchedumbre.

¡Era la voz, era la cabeza de su hija!

—¡No; mi padre no ha mandado eso! gritaba. ¡No; mi padre no es un monstruo ó un loco! ¡No; mi padre no desterrará á Enrique! Dejadme hablarle y vereis.

Y cediendo algunos guardias á su belleza y á sus lágrimas, Angélica vino á caer á los pies del negociante.

Dura-Testa, que habia conseguido sus fines, soñaba entonces el orden en el desorden, adelantándose para levantar á la joven, é iba á pronunciar la revocacion del destierro de su novio; empero ya él mismo se habia quedado muy atrás, así como antes habia dejado atrás á los otros. Dubose, su teniente, que se llamaba Villers en Burdeos, y que mandaba el populacho y presidia el comité del Bien público, hizo arrestar como sospechosa á la señorita Desmarais y sus defensores, y los arrastró sin mas juicio á la prision del castillo de Ha.

Llevaronle de allí desmayado sobre su sillón al negociante.

Cuando volvió en sí se hallaba en la casa del ayuntamiento. Creyóse salvado al pronto; empero en breve reconoció su error. Escitada por Villars, *La Olmeda* habia forzado el palacio municipal. Ya no era Dura-Testa, era su teniente el que gobernaba, siempre en nombre del presidente de los Notables. La comedia habia salido demasiado bien para no sostenerla hasta la tragedia.

Los primeros actos que Villars sometió á la firma de Desmarais, fueron la destruccion del fuerte de Ha y del castillo Trompeta, y un impuesto forzado sobre los sospechosos para sostener las tropas de *La Olmeda*.

—¡Nunca! exclamó el ciudadano en un impulso de valor: ¡nunca firmaré eso! Primero me matareis. No os pido mas que una cosa antes: volver á ver y abrazar á mi hija.

Hicieron jugar las pistolas y los puñales: todo inútil. La Casandra se habia convertido en un Decio.

—¡Mi hija, y matadme! esto es todo lo que se pudo obtener de él.

Villars habia previsto el caso, y arreglado en consecuencia su plan.

Abrióse una puerta, y dos guardias trajeron á Angélica.

Estaba mas muerta que viva; pero recobró fuerzas en los brazos de su padre.

El aparato y las amenazas que lo rodeaban, se lo explicaron todo....

—¡Ah! bien sabia yo que vos no érais capaz de estas infamias.

—¿Y has podido creerlo un solo instante?

Villars interrumpió esta escena, trayendo las órdenes para firmar.

—¡No firmeis, padre mio! exclamó Angélica: que sepa al fin Burdeos quienes son sus tiranos.

Reanimado en el abrazo filial, y por estas nobles palabras, Desmarais se sintió á la altura de un mártir.

—No, no, replicó la joven con fuerza: no firmeis: padre mio, ¡mas vale que yo muera!

Empero cuanto mas sublime era este sacrificio menos podia aceptarlo el ciudadano.

Firmó sin ver cuanto le presentó Villars; y su hija fué llevada de allí desmayada, para volver en otra ocasion oportuna, decian riendo sus carceleros.

(Se concluirá.)

## EL MUNDO ES UN SUEÑO.

El duque Felipe el Bueno fué el primero que instituyó la orden del Toison en la villa de Tomer en una iglesia que llaman de San Bertin, dándose á veinte y cuatro caballeros á quienes él llamaba sus doce pares: el cual traia por insignia pintada en sus banderas una mano con un eslabon que iba á dar en un pederal, y al rededor un letrero que decia: *Primero se ha de dar el golpe que saltan las centellas*. Leí, pues, como digo, que este cristianísimo príncipe era de mucha edad, y acostumbraba á decir infinitas veces lo que era el mundo, y cuán poco habia que confiar en él. Yendo, pues, una noche rondando con unos criados suyos, hallaron tendido en una calle á un hombre que estaba borracho, lleno de lodo, toda la cara sucia y tiznada, y tan dormido que no pudieron meterle en su acuerdo. Mandó el duque que lo llevasen á palacio, que queria en aquel hombre enseñarles lo que era el mundo: lleváronle de la manera que lo habia mandado, y despues de esto, dijo que le desnudasen y vistiesen una camisa muy buena, y acos-



tasen en su propia cama, y á la mañana le diesen de vestir y sirviesen como á su misma persona: hizose todo aquesto, y al otro dia cuando ya se habia acabado la borrachera, entraron los gentiles hombres de la cámara á decirle de qué color quería vestirse, y él asombrado de verse en aposento tan rico, y rodeado de gente tan principal, y viendo que estaban tantos delante de él, descubiertos, no sabia que responder sino mirarlos á todos, y debía de parecerle á él, sin ninguna duda, que no habia dos horas que estaba bebiendo en la taberna, y andando los fuelles en su casa (que segun se supo despues era herrero) y vivia cerca de palacio. Diéronle, pues, un vestido muy bueno, diéronle aguamanos, la cual él réhusaba tomar porque aun no sabia como habia de lavarse. A todo cuanto le preguntaban no respondia, miraba desde unas ventanas su casa, y debía decir: ¡válgame Dios! ¡la casilla de aquella chimenea no es mia, aquel muchacho que juega á la peonza, no es mi hijo Bartolillo, yaquella que hila á la puerta, no es mi muger Toribia? ¡Pues, quién me ha puesto á mí en tanta grandeza? digo yo sin duda, diria él esto. Cuando pusieron las mesas sentóse á comer, y el duque presente á todo: hecho esto y venida la noche, diéronle vino bastante para ponerle como le ha-

llaron, y cuando estuvo fuera de juicio y bien dormido, desnudáronle y volvieron á ponerle su vestido viejo, y mandó el duque lo llevaran al mismo puesto donde le habian hallado. Hizose, y hecho, llegó el duque con mucha gente y dijo que le despertasen, y despierto preguntóle quién era, y él muy asombrado respondió, que segun las cosas que en dos horas habian por él pasado no sabia decir quién era. Preguntada la causa, respondió: «Señor, yo soy un herrero y me llamo fulano, Salí de mi casa hará una hora poco mas, bebí un poco de vino, cargóme el sueño y quedé aquí dormido: y en este tiempo he soñado que era rey y que me servian tantos caballeros y que traía tan lindos vestidos, y que dormia en una cama de brocado y comia bien y bebía, y estaba yo tan gozoso de verme tan servido y regalado que casi estaba fuera de juicio de contento, y bien se ve que lo estaba, pues todo fué sueño.» Y dijo entonces el duque.—Ved aquí, amigos, lo que es el mundo, todo es un sueño, pues esto verdaderamente ha pasado por este, como habeis viato, y le parece que lo ha soñado.

(Viaje entretenido de Rojas)

## ESTUDIOS DE VIAGES.

### UNA RUINA DE UN CONVENTO DE SAN BRUNO.

En la vertiente de una montaña, siguiendo un hondo camino, se ve un antiguo monasterio alzado en otro tiempo en el desierto por discípulos de San Bruno, para consagrarse en él á la oracion y al silencio, y hoy presa de las aves tenebrosas que han anidado en sus sombríos escombros y en sus sepulcros cubiertos de polvo!....

Era aquel un convento único, grandioso, cuyas elevadas torres y ventanas ojivales atestiguaban al mundo el poder de la edad media, que le alzó y la fé de los pueblos que ayudaron á levantar aquella inmensa mole, escribiendo en sus piedras de granito su entusiasmo religioso y sus creencias!....

Los mismos reyes de la tierra venian allí á acostarse y dormir por toda la eternidad en el polvo de sus sepulcros! El prior del convento era en la provincia un príncipe....

Hoy sobre las rocas no queda mas que la iglesia ennegrecida por el tiempo, sin el altar y sin campanario. Yo he visitado las ruinas de esta iglesia antigua, aquel pórtico tan imponente todavía al despedir sus primeros rayos la aurora, al reflejarse éstos en el desmantelado y derruido altar al través de las rotas ventanas ojivales que doran con su fuego. Los rayos luminosos penetran por las ventanas del coro, abiertas por todas partes, donde crecen la zarza y los matorrales silvestres, cubriendo con su manto verde las mutiladas estatuas donde antes se postraban los fieles para orar y recurrir al cielo en sus trabajos y necesidades.

Allí zumba con todo su vigor el viento del invierno, y sobre las ramas de una higuera silvestre que ha brotado en las grietas de un sepulcro se posa un pájaro y canta

al viento sus canciones; al oír á la naturaleza que la acompaña murmurando se creeria que el convento pide para su recinto los himnos santos que se cantaron allí tanto tiempo y de que ahora se ve privado al haberse disipado sus santos moradores.

Cuando el sol ardiente sube á la mitad de los cielos, algun lagarto solitario sale de la tierra á disfrutar el calor de sus dorados rayos, y entonces levanta su cabeza ó la posa sobre la estatua de algun santo piadoso.

Allí, entre las yerbas, nacen las matas silvestres y una debil flor á la que jamás viene la abeja á chupar su aroma ni á aspirar sus olores; flor solitaria, como los monges que habitaron en otro tiempo aquel monasterio, que allí nace, crece, y muere desconocida como los sentimientos del corazon!....

Mientras yo contemplaba aquellas ruinas, mientras me entregaba á las meditaciones que suscitaba en mí el ver por el suelo aquella obra construida para desafiar á los siglos, mientras revolvía en mi mente las causas que habian hecho emplear al hombre la piqueta y el azadon para destruir lo que no habia podido hacer el transcurso de los siglos, un anciano con paso trémulo penetró tambien en las ruinas, y se prosternó cerca de un sepulcro desquebrajado y casi abierto.

Largo tiempo hundió allí su frente sobre la losa sepulcral murmurando una ferviente oracion.

Mientras él se retiró en silencio yo me lancé hácia donde habia puesto su planta; allí la yerba recientemente hollada por sus pies, estaba húmeda.... ¿Qué lloraba el anciano? ¡Ah! lo que se llora cuando la vida nos convida á ello; se llora cuando se halla uno próximo al sepulcro. Quise ver si entre las rotas piedras algun fragmento de inscripcion me podia revelar la causa del dolor de aquel anciano.



Aquella losa sepulcral revelaba que allí descansaba un joven enterrado medio siglo antes.

Aquel anciano encorvado y próximo al sepulcro debía ser su padre!!!

Levantábase el sol sobre el horizonte, y hacia caer á

do; aquel templo que llenaban antes las voces de cien monges penitentes y las acordes armonías del órgano, y en que hoy solo resonaban los silbidos del viento y el graznido de las aves de rapiña.

Sacudí el polvo de los viejos sepulcros, volví á bajar



Ruina de un convento de San Bruno.

plomo sus rayos en el monasterio, cuyo techo habia completamente desaparecido.

Me despedí, pues, de la iglesia, di un adiós á aquel templo en otro tiempo tan magnífico, hoy tan derrui-

la montaña por el camino hondo y di una última mirada á aquellos restos magníficos, á aquel convento que en medio del desierto habían alzado los discípulos de San Bruno para consagrarse á Dios, en la oración y en el silencio!!!